

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Sabino Fernández Campo

Señor Presidente del Instituto de España.
Señores representantes de las Academias extranjeras.
Miembros de nuestra Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
Señoras y señores:

Permitidme y perdonadme que comience estas palabras con una referencia a mi mismo. Porque tengo la experiencia de que cuando somos jóvenes, si alguna vez, por casualidad, se nos ocurre pensar en la entonces lejana vejez, nos la imaginamos como una trágica y penosa situación, en la que hemos perdido gran parte de nuestras facultades, en todos los aspectos, y nos amarga la proximidad de ese momento tan importante y decisivo que sucede una sola vez en la vida y que es la muerte. Pero nuestros temores, me atrevo a decir, no responden a la realidad. En primer lugar, porque la alternativa de cumplir muchos años es la de no cumplirlos, y eso puede resultar desagradable. En segundo lugar, porque la prolongación de nuestra existencia, si bien puede dar lugar a que suframos desgracias dolorosas, ingratitudes y desengaños, también nos concede tiempo para disfrutar de acontecimientos felices.

Por eso, la habilidad de los ancianos- a los que ahora se nos llama piadosamente miembros de la tercera edad- consiste en hacer una acertada selección de hechos, recuerdos y acontecimientos, para borrar los funestos, quedarnos con los dichosos, disfrutar de ellos mientras nos sea posible y, de paso, aligerar nuestra mente de una carga excesiva.

Con esta optimista interpretación de la vejez, yo he tenido tiempo, cuando estoy a punto de cumplir noventa años, de recibir el honor de ser elegido reciente-

mente Presidente de esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en sustitución de quien ocupó tantos años ese puesto, el profesor Enrique Fuentes Quintana, siempre presente en nuestra memoria por su personalidad, sus conocimientos y la extraordinaria labor desarrollada. Recuerdo también a Juan Velarde, que en los últimos tiempos, como Vicepresidente, desempeñó el cargo de Presidente con enorme eficacia y acierto.

Además, a ese honor que hace poco he recibido, se une ahora la circunstancia de que, al celebrarse el sexquicentenario de la creación de esta Academia por la Reina doña Isabel II, conmemoramos esa fecha con la reunión de las Academias Europeas y Americanas que culminamos con esta sesión, en la que hemos tenido el placer de escuchar las excelentes intervenciones de los Señores don Gean Baechler, representante de la *Academie de Sciences Morales et Politeques* de Francia y de don Gregorio Badén, Presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de la República Argentina, con asistencia de académicos del Instituto de España, Embajadores acreditados en Madrid y Comisión Europea en España.

Las relaciones mantenidas con las destacadas personalidades, representantes de once Academias de otros países, han sido de gran utilidad y estoy seguro de que supondrán la iniciación de unas colaboraciones muy estrechas e interesantes para todos en el futuro.

Vivimos tiempos en que a la vez que a las preocupaciones políticas o sociales, es necesario prestar mucha atención a la cultura, promocionarla y extenderla. Y en esa misión las Academias deben desempeñar un importante papel.

Si todas ellas están en condiciones de ilustrar sobre las materias a las que fundamentalmente se dedican, no podemos por menos de reconocer la trascendencia que las de Ciencias Morales y Políticas encierran en este aspecto de instrucción y divulgación. Concretamente, en cuanto a los fines de esta Institución, sus primeros Estatutos proponían como objetivo fundamental “*Cultivar las Ciencias Morales y Políticas, ilustrando las cuestiones de mayor importancia, trascendencia y aplicación, según los tiempos y las circunstancias*”.

Al año siguiente de su creación, ya en 1858, en la contestación del Presidente de esta Real Academia al discurso de Marqués de Corvera, entonces Ministro de Fomento, durante la sesión inaugural, decía aquél textualmente: “*Las Ciencias Morales y Políticas, tomadas en su mayor extensión, son el más necesario e importante complemento de ese gran todo que llamamos ciencia y que es la guía de la humanidad en su peregrinación sobre la tierra*”. Y puntualizaba aún más: “*El objeto de estos estudios es indagar constantemente cuanto pueda contribuir a mejorar nuestras leyes e instituciones a desvanecer errores peligrosos; a adoctrinar las clases menos ilustradas; a inspirarles el sentimiento del deber, el amor al orden, el respeto*

a la autoridad y a cuanto, en fin, pueda conducir a mejorar su condición y a enaltecer su moral".

Está bien claro, pues, el fin de esta Real Academia y de las semejantes que existen en el mundo actual, y es fácil adecuarlo a los tiempos actuales sin variarlo en su esencia.

En una conferencia que me correspondió pronunciar en el Instituto de España, tuve ocasión de exponer algunas ideas, que podría repetir ahora, sobre la misión de las Reales Academias y concretamente sobre la de Ciencias Morales y Políticas que en aquellos momentos representaba. Pero me limitaré a observar que si es fácil adaptar a los tiempos actuales sus fines, sin variarlos en esencia, también parece necesario lograr nuevos medios y colaboraciones para que sus trabajos puedan difundirse lo más posible y conseguir su influencia benéfica en la sociedad. Hay que extender la necesidad de que se lleve a cabo una revolución educativa para infundir la idea de que en todo momento la política debe estar inspirada por la moral, pero al mismo tiempo es preciso hacer llegar esta regeneración a muchos otros aspectos, para liberarnos de la ordinariéz, de la grosería y de la zafiedad.

Nada más adecuado, en consecuencia, que como base de la actividad de las Academias de Ciencias Morales y Políticas, se proponga ante todo influir para que, dentro de la generalidad de las definiciones, se trate siempre de promover la unión de los términos que las denominan para que moral y política estén siempre relacionadas y se influyan mutuamente. Pero esa moralización de la política tiene su base en la sociedad en general. Tal vez podamos pensar en que necesitamos una purificación, una verdadera revolución pacífica y civilizada, inspirada por la cultura, la justicia y la moral. Una revolución en la que nos mezclemos los viejos y los jóvenes. Sin embargo, como afirmaba Proudhon, *"Quien dice revolución dice necesariamente progreso y dice también, por ello, conservación. De ahí se sigue que la revolución está permanentemente en la Historia. Que, hablando con propiedad, no ha habido varias revoluciones, no ha habido más que una y la misma revolución a la que debemos incorporarnos en cada nueva etapa"*. Y añadía: *"El preliminar obligado de toda revolución es una liquidación general, para observar lo que debe conservarse y lo que es imprescindible variar o eliminar"*. Esta liquidación- a la que se refiere Proudhon- ha de entenderse en el sentido de pararse a reflexionar, de señalarse nuevos caminos, sin prescindir de los aprovechables; de ejercer la tolerancia en muchos casos y la intolerancia ante lo intolerable.

Hay que velar también por la educación. Se ha dicho que "La educación es para el espíritu lo que la gracia para el alma". Y, en efecto, sólo las personas que han recibido educación son libres, porque ser educado supone una superación moral de los instintos. Y a esta superación general deben contribuir las Academias, con sus trabajos, sus reflexiones y sus advertencias.

El fundamento de la ética y de la moral ha de hallarse en la razón, y esto supone la unión entre la obligación y la voluntad. La ética no es algo totalmente extraño al ser humano, sino un aspecto de su propia constitución, que es preciso desvelar y aplicar en todo momento.

Vivimos tiempos en que muchas veces los intereses materiales prevalecen sobre los morales. En ocasiones, sin ser un filósofo, se puede pronunciar una frase que contenga una profunda filosofía. Y así me atrevo a recoger la de un conocido humorista norteamericano que sostenía: *“En la vida hay cosas mucho más importantes que el dinero, pero hace falta mucho dinero para conseguirlas”*. Y eso hace que algunas personas se esfuercen por conseguir los medios, por el procedimiento que sea, para con ellos alcanzar después los fines.

Aquel pensamiento y esta realidad pueden servir de base a muchos comportamientos de la sociedad actual, en el mundo entero. Lo que es preciso crear, y a lo que deben contribuir las Academias de Ciencias Morales y Políticas, en este como en tantos sentidos de la vida presente, es un ambiente de moralidad insobornable, en un clima de responsabilidad, de solidaridad y de cooperación.

No olvidemos tampoco que si los fines de las Academias siguen siendo los mismos que se establecieron en su fundación, los tiempos han cambiado en lo que se refiere a los medios de comunicación y de difusión. Y es preciso tener muy presentes las ventajas y los riesgos que en este aspecto presentan los avances tecnológicos, desde el punto de vista de la publicidad de las ideas que las Academias sostienen.

Los defensores de la moral se alarman justamente ante la invasión de las redes por materiales pornográficos, apología de la violencia y juegos con dinero. Esta es una cuestión latente que debe resolverse mediante un esfuerzo de globalización legal internacional que, si bien puede parecer a muchos una propuesta ingenua, es necesario que aquellos derechos recogidos en los diferentes documentos básicos de las Naciones Unidas, se apliquen, por ejemplo, a Internet, para que cada ser humano pueda seguir disfrutando de los derechos del hombre expresados en su Carta Fundacional, y en otros documentos posteriores como los relativos a los Derechos del Niño.

Los medios de comunicación, ya interconectados con la informática e inmersos en la era digital, tienen una importancia decisiva para la difusión de la cultura, pero también para la incultura. La sociedad de la información que tanta importancia tiene para la difusión de cuanto interesa a las Academias hoy aquí representadas, habrá de acentuar una serie de valores esenciales sin los cuales se aventura un mal futuro para todos.

Extenderme en consideraciones sobre la materia de la información, por interesante que sea desde el punto de vista de la moral y de la política, podría llevarme a pretender desarrollar otra materia que sería objeto de una nueva y distinta intervención.

Pero lo verdaderamente interesante es resaltar el valor de los encuentros que acabamos de celebrar con motivo del 150 Aniversario de la fundación de esta Real Academia, que dejan en nosotros la más grata de las impresiones y el deseo ferviente de que, sin esperar un plazo semejante, podamos mantener nuevas reuniones que sin duda han de redundar en beneficio de la misión atribuida a las Academias en general y a las de Ciencias Morales y Políticas en concreto.

Por ello, al clausurar esta sesión académica, tan llena de interés, me complazco, en nombre de todos los miembros de este Centro, en expresar el más profundo agradecimiento por la presencia de importantes representaciones de las Academias de otros países, y formular mis sinceros votos porque, en efecto, volvamos a encontrar otras oportunidades para trabajar unidos por la divulgación de la cultura y el logro de difundir la idea de que en todo momento la política debe estar inspirada por la moral. Al mismo tiempo, hay que hacer llegar esta regeneración a muchos otros aspectos de la vida social, para librarnos de la ignorancia, de la vulgaridad y de las conductas censurables.

Con esta esperanza, repito nuestra gratitud y nuestra ilusión de futuro.

Muchas gracias a todos. Se levanta la sesión.

**PRESENTACIÓN DE LA OBRA
“ENTRE LA HISTORIA Y LA MEMORIA.
FERNANDO MARÍA CASTIELLA
Y LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESPAÑA
(1957-1969)”**

Presentación del libro el 3 de diciembre de 2007.

